

CXII

Caminando de un lado para otro en la reducida habitación, puse sin saber como el pie sobre la cornamusa, que se había escurrido de la cama al suelo, en el momento en que me levanté sobresaltada al oír el ruido que subía del patio.

No estaba aún la cornamusa enteramente deshinchada, y dió bajo mi pie un sonido, ni alegre, ni triste, pero claro y penetrante, parecido á la reconvención de un perro á quien por descuido se pisa.

Aquel sonido me entristeci6 el corazón, pero me inspiró al punto una idea que no me hubiera ocurrido jamás sin él. Alcé la cornamusa con pesar y ternura como si le hubiese causado un mal voluntario hollándola con mi pie, la besé, la estreché bajo mi brazo como á una persona que vive y que siente, y le dije llorando : « ¿Quieres servir á los que te han hecho? Tú que has procurado la subsistencia al padre, sé la salvación de su infortunada hija. »

Hubiérase dicho que la cornamusa me entendía, pues se hinchó como por sí misma al primer mo-

vimiento de mi brazo y el tubo se halló bajo mis dedos, sin que pensara yo en ello.

Acerquéme á la ventanilla abierta y dije entre mí : — Allí donde mi voz no llegaría jamás ó no podría llegar sin descubrir quien soy á los oídos del *bargello* y de sus presos, llegará la aguda voz de la cornamusa, y hará pensar á Jerónimo, si efectivamente está aquí y reconoce la tocata que él y yo hemos inventado y tocado solos : « ¡Es Fior d'Aliza, no puede ser otra! Velan, pues, por ti allá arriba en la torre ó en alguna estrella del cielo. »

CXIII

Con esta idea, señor, me puse á preludiar dulcemente algunas notas, y luego callé como para decir á los que no dormían : « Fijad la atención, que aquí hay un *pifferaro* que va á dar una alborada á alguna Madona ó á algún santo de la capilla de la cárcel. »

Pero ¡quía! no fué así; no toqué alborada, letanía, ni serenata, que otros músicos ambulantes podían tocar tan bien como nosotros y que nada habrían dicho á Jerónimo.

Hice por recordar precisamente la tocata que

Jerónimo y yo habíamos compuesto juntos, poco á poco, nota tras nota, en nuestras tardes de verano bajo la gruta, y que imitaba unas veces el arrullo de las palomas en primavera sobre las ramas, otras los murmullos argentinos de las gotas de agua que caen de la canal en la cavidad de la roca, otras los suaves quejidos del viento que pasa por entre las hojas de los juncos de la fuente, cortantes como el filo de la hoz de mi padre, otras el ruido de los rápidos vuelos de las parejas de mirlos azules cuando se levantan de repente de los chaparrales con chillidos vivos y precipitados, para ir á posarse sobre el nido en el cual callan para que no pueda ya descubrirseles bajo las ramas.

La tocata concluía y volvía á comenzar con cinco ó seis ligeros suspiros, unos tristes y otros alegres, de modo que esto, que nada absolutamente parecía significar, hacía meditar, llorar y callarse como en la adoración del Santo Sacramento por la tarde, después de las letanias, en San Stéphano, cuando el órgano llena de alegres sonidos el espacio.

CXIV

Ya pueden ustedes figurarse si tocaría bien aquella noche la composición de *Fior d'Aliza y de Jerónimo*, pues con este nombre la habíamos bautizado.

Mi padre y tía también la llamaban así, cuando nos decían á uno de los dos: «tocad, para que la oigan las cabras, la tocata que compusisteis.» Los cabritos brincaban de placer en la hierba y dejaban de ramonear quedándose con la cabeza vuelta hacia nosotros para escuchar. ¡Pobres animales!

Toqué, pues, aquella sonata con tan buena memoria, como si acabásemos de componerla en la cárcel, y con tanta emoción como si nuestra vida ó nuestra muerte hubiese dependido de una nota olvidada en los agujeros del instrumento. Procuraba lanzar el sonido cuanto podía por la ventanilla para que descendiese hasta las profundidades del patio, y que no cayese ni siquiera una nota que no fuese recogida por el oído para el cual yo tocaba.

Deteniame de vez en cuando un momento para escuchar si el aire corría bien entre los muros

que hacian del patio una especie de abismo de rocas, y para inquirir si algún otro ruido que el del eco de las notas revelaba la respiración de algún hombre en medio de aquel silencio : luego, no oyendo sino el viento de la noche silbando en el abismo, volvía de nuevo á agitar el aire con mi tocata. Cuando llegué á la especie de estribillo de suspiros entrecortados, alegres y tristes con que terminaba, dejando el alma indecisa entre la vida y la muerte, fuí reteniendo el movimiento del aire y lancé esos tres ó cuatro suspiros de la cornamusa, separados por largos intervalos, como una joven arroja desde su balcón una á una, ya una flor blanca desprendida de su ramillete, ya una flor de color, y se inclina para verlas caer en la calle y cuál es la primera que lo hace sobre la cabeza de su amante.

CXV

— ¡Excelente poetisa hubiera usted sido! exclame, al oír á aquella joven aldeana valerse sencillamente de imagen tan bellísima para expresar su inexplicable ansiedad de amante y de música, tocando sin saber si sus notas se perdían ó caían en el corazón de su amante.

— No se burle, señor; digo lo que he visto tantas veces en las calles de Luca ó de Liorna, cuando un amante hace que los *pifferari* den una serenata á su novia.

— Y bien, repuse; luego que terminó la tocata ¿qué oyó usted, pobre abandonada?

— ¡Ay! nada, señor, nada absolutamente durante un momento que fué para mí un siglo de angustias. Y sin embargo, durante aquel momento, que pareció tan largo á mi alma, no tuve siquiera tiempo de recobrar mi respiración. Pero no es la respiración la que mide el tiempo cuando se sufre y se espera, sino el corazón; el tiempo ya no existe, lo que existe es la eternidad.

CXVI

— ¡Qué filósofa! ¡una pobre joven que no sabe leer! dije, esta vez en mi interior, para no interrumpir su interesante historia.

Fior d'Aliza no se percibió siquiera de mi reflexión, entregada como estaba á la emoción que aquellos recuerdos le causaban.

— Anonadada por aquel silencio, única contestación á la pieza que acababa de tocar á la ventura para interrogar la profundidad de los

calabozos, ó para avisar á Jerónimo, si estaba allí, que Fior d'Aliza estaba allí también acordándose de él en su desgracia, dejé caer al suelo la cornamusa y caí yo misma desalentada al pie del ventanillo con los brazos enlazados á las barras de hierro, sin sentir siquiera el frío de ellas.

Pero en el momento en que mis rodillas tocaban el suelo, llegó hasta mí un pesado ruido de cadenas; y una débil voz, como la de un minero que habla á los que están fuera de la mina desde el fondo de un pozo, hizo oír distintamente, aunque muy por lo bajo, estas palabras separadas por largos intervalos: « *Fior d'Aliza, ¿sei tu?* » (¿Eres tú, Fior d'Aliza?)

¡Ángeles del cielo! Era él: la cornamusa había hecho el milagro de descubrirme su calabozo. Por toda respuesta cogí del suelo el instrumento, y toqué por segunda vez la tocata de Jerónimo y de Fior d'Aliza, pero con un compás más vivo, más animado, más alegre, con dedos que tenían fiebre y que comunicaban á los sonidos el delirio de mi contento por haber descubierto á mi primo.

CXVII

Así que concluí presté atención nuevamente, pero el día principiaba á deslizarse de lo alto de la torre en el patio oscuro: ruidos de puertas de hierro y de cerrojos que se abrían intimidaban sin duda al prisionero, pero en el fondo de su calabozo hacía chocar él mismo de intento sus cadenas unas contra otras, como para darme á entender, ya que no podía decírmelo con palabras: « Yo soy Jerónimo y estoy aquí entre cadenas. » La cornamusa había servido para ponernos en comunicación.

Pero ¡ay! tía mía: ¿de qué me servía haber descubierto donde estaba y haberle enviado desde lo alto de la torre un recuerdo de su familia de la montaña, si no tenía medio alguno para acercarme á él, consolarle, defenderle y salvarle de los esbirros sus enemigos, sin duda empeñados en su muerte?

CXVIII

Postréme, no obstante, de rodillas para dar gracias á Dios de haber al menos podido oír el

ruido de sus cadenas: todo mi temor era que me alejasen en seguida del asilo que la casualidad me había proporcionado la vispera: me habría considerado feliz con ser una de las piedras incrustadas en la muralla, á fin de que no pudieran nunca arrancarme de su lado. ¿Pero qué iba á ser de mí cuando despertasen el *bargello* y su mujer?

En el momento en que estos pesares del corazón agitaban mi pensamiento, arrodillada delante de mi cama, con las manos en la muda cornamusa y el rostro bañado en lágrimas, sepultado en la piel de la capa, se abrió sin ruido la puerta del cuarto, como si la mano de un ángel la hubiera empujado y entró la mujer del *bargello*.

Al encontrarme vestida desde tan temprano y haciendo tan devotamente mi oración (así lo creyó al menos), la buena mujer concibió, según después me dijo, mejor idea del pequeño *pifferaro* y más viva compasión por mi aislamiento en la gran ciudad de Luca.

Púseme en pie presa de la mayor confusión, y temblando de que aquella mujer viniera á quejarse de la música con que sin duda había turbado el sueño de los presos. Traté de buscar en mi pensamiento alguna respuesta que darle y bajé los ojos por temor de que leyese en ellos mi delito.

CXIX

Pero al contrario de lo que yo esperaba, ni siquiera me habio de la música nocturna, creyendo sin duda que había estudiado una tocata para la novena de *Montenero*, peregrinación de marineros de la ciudad de Liorna, y con voz dulce y afable me preguntó qué pensaba hacer luego que saliese de su casa, si tenía padres, ó alguna cuadrilla de *pifferari* ambulante que me recogiese en Prato, en Pisa ó en Sienna, para conducirme á los Abruzzos, de donde parecía que había yo bajado con mi cornamusa.

— No, le dije, mi padre está ciego y mi madre ha muerto (y desgraciadamente decía verdad); no pertenezco á ninguna cuadrilla de músicos de los Abruzzos ó de las Maremmas, y procuro ganar por mi solo, de un modo ó de otro, pan para mi padre, y para mi tía que no puede abandonar la casa en que cuida á su hermano.

CXX

Muy cierto era todo esto. Pero callaba el nombre de mi país, el motivo que me había he-

cho disfrazar de hombre, y la muerte del esbirro que había ocasionado el encarcelamiento de mi primo.

La buena mujer, por creerme realmente de los Abruzzos, nada me preguntó particularmente de mi país.

— ¿No preferirías, pobre niño, continuó diciéndome, entrar á servir en casa de unas buenas gentes, á vagar así por los caminos á riesgo de perder tu alma vendiendo tu aliento á los ociosos de las encrucijadas?

— ¡Ya lo creo que lo preferiría! respondí poniéndome encarnada ante la idea de que iba á proponerme el empleo que el yerno acababa de dejar, y pensando que así en todas ocasiones podría ver, oír y servir á mi Jerónimo.

— Pues bien, me dijo la mujer aun con más amabilidad y como si hablara á un hijo ¿tendrías repugnancia en servirnos á nosotros, porque somos carceleros de la cárcel del ducado, y porque el mundo desprecia, con injusticia en ocasiones, á los que llevan el manajo de llaves al cinto para abrir ó cerrar las puertas de los malhechores ó de los inocentes?

— ¡Oh! de ninguna manera, exclamé aprobando su idea; yo no creo que sea deshonesto servir buenas gentes como usted y el señor *bar-*

gello parecen ser. Un carcelero no es un verdugo; es un centinela que puede ejecutar con rudeza ó con compasión la consigna del Duque nuestro señor. No sentiré repugnancia en ver desgraciados, sobre todo, si, no faltando á mis deberes, pudiera aliviarlos de una parte de sus penas. Cuando estaba yo en casa de mis padres, no quería menos á mis cabras y á mis ovejas porque las abriese la puerta del establo por la mañana y se la cerrase después de recogerlas por la noche. Disponed, pues, de mi, como mejor os convenga, que obedeceré fielmente vuestras órdenes como si fuese vuestro hijo.

CXXI

— ¿Y el salario? me dijo la mujer, contenta de ver que aceptaba su idea: ¿cuántos escudos de Luca quieres al año, además de tu alojamiento, alimento y vestidos, de que queda á nuestro cargo proveerte?

— ¡Por salario me darán el que ustedes crean honradamente que puedo ganar, cuando hayan visto para lo que puedo servir; con tal que mi padre y mi tía tengan un pedazo de pan además del que yo he de comer, quedo satisfecho.

— Pues está dicho, dijo ella con demostraciones de alegría: baja conmigo al postigo, donde te espera mi marido para enseñarte el oficio, y deja tu palo, capotey cornamusa en el cuarto: necesitas ya otro traje y otras maneras. Pero tu rostro, añadió riendo y pasándome la mano por la mejilla para apartar á un lado los rubios rizos, es demasiado suave para rostro de un llavero: será preciso que te hagas, no malo, pero si grave y severo: veamos, pon un gesto algo avinagrado.

— No tenga usted cuidado, señora, le contesté pálida de emoción, no reiré al cumplir con mi obligaci6n: no siento ganas de reir cuando veo la pena de otro, y además nunca he sido risueño, ni aun tocando para los que rien las piezas festivas.

CXXII

Conversando asi bajamos lentamente la escalera mal iluminada por enrejadas hendiduras, que daban unas al patio y otras á la hermosa campiña de Luca.

— Aquí tienes á tu llavero, dijo sonriendo á su marido que se hallaba, sentado entre dos postigos al pie de la escalera, delante de una gran

mesa cargada de papeles y de manojos de llaves: elucientes como la plata á fuerza de girar en las cerraduras.

El *bargello* miraba tan pronto á su mujer con aire de gozo, tan pronto á mí, que no podía ocultar los colores que me salian á la cara, con aire de duda.

— Esa cara no infundirá mucho miedo á mis presos, dijo sonriéndose: pero después de todo, nosotros estamos encargados de custodiarlos y no de asustarlos. Muchos inocentes se hallan entre ellos, y no hay que alargales su pedazo de pan y su vaso de agua en la punta de una barra de hierro: bastante amargo es sin eso el pan de la cárcel: ven, hijo mío, para que sepas lo que has de hacer todos los días.

Diciendo esto se levantó, sacó un manajo de llaves de un armario de hierro del cual llevaba él la llave colgada de un botón, y llamó con voz fuerte á un muchacho que iba y venia en una gran cocina al lado del postigo.

— ¡Vamos, *piccinino* (pequeñito)! le dijo: ya es la hora de que almuercen los presos: coge tu cesto y sigueme para que les llesves su *proceda* (viveres).

CXXIII

El *piccinino*, que ya tenía preparadas las raciones de pedazos de pan, *prosciutto* (especie de jamón) y *caccia cavallo* en un gran cesto, echó mano de éste y con la mano que le quedaba libre de un cántaro de agua mayor que él, salió de la cocina y echó á andar detrás del *bargello* y de mí hacia la claveteada puerta del patio de los presos. Llegábase á ella desde la habitación del *bargello* por un ancho pasadizo subterráneo, donde resonaban las pisadas como los truenos bajo nuestros bosques de abetos.

CAPÍTULO IV

CXXIV

Descorrió cerrojos el *bargello*, hizo girar llaves enormes en sus cerraduras, y enseñándome cómo había de hacer para abrir la pequeña puerta hecha en la grande y cómo la había de cerrar antes de entrar en el patio para precaver cualquier sorpresa, nos hallamos en el patio.

Era éste una especie de claustro formado de arcos bajos alrededor de un patio empedrado en el cual no había más que un pozo y á su lado un gran pino; cinco ó seis parejas de hermosas palomas azules se arrullaban á orillas del pozo, como si la suerte hubiese querido por burla ofrecer aquella imagen de amor y de libertad en medio de las víctimas del cautiverio y del odio.

Bajo cada uno de los arcos que cercaban el patio se abría una gran ventana en forma de lumbrera, semicircular por la parte superior, recta